

Margarita vivía en una casa pequeña fuera de la ciudad.

Al morir su Abuela, había tenido que abandonar la escuela; eso la puso triste, pero tenía que trabajar y ayudar con los gastos.

Su mamá vendía frutas en el mercado, donde llegaba muy temprano en la mañana, mientras Margarita se ocupaba de los quehaceres.

—Por favor, no llegues tarde, Margarita...

—Esta bien, mamá.

Y los ojos de Margarita volaban por los colores brillantes del delantal de su mamá.



La mañana estaba soleada.

Desde que había comenzado a trabajar,
Margarita ya no tenía tiempo para jugar.
Pero, de camino al mercado,
practicaba su juego favorito: la rayuela.

Saltitos,

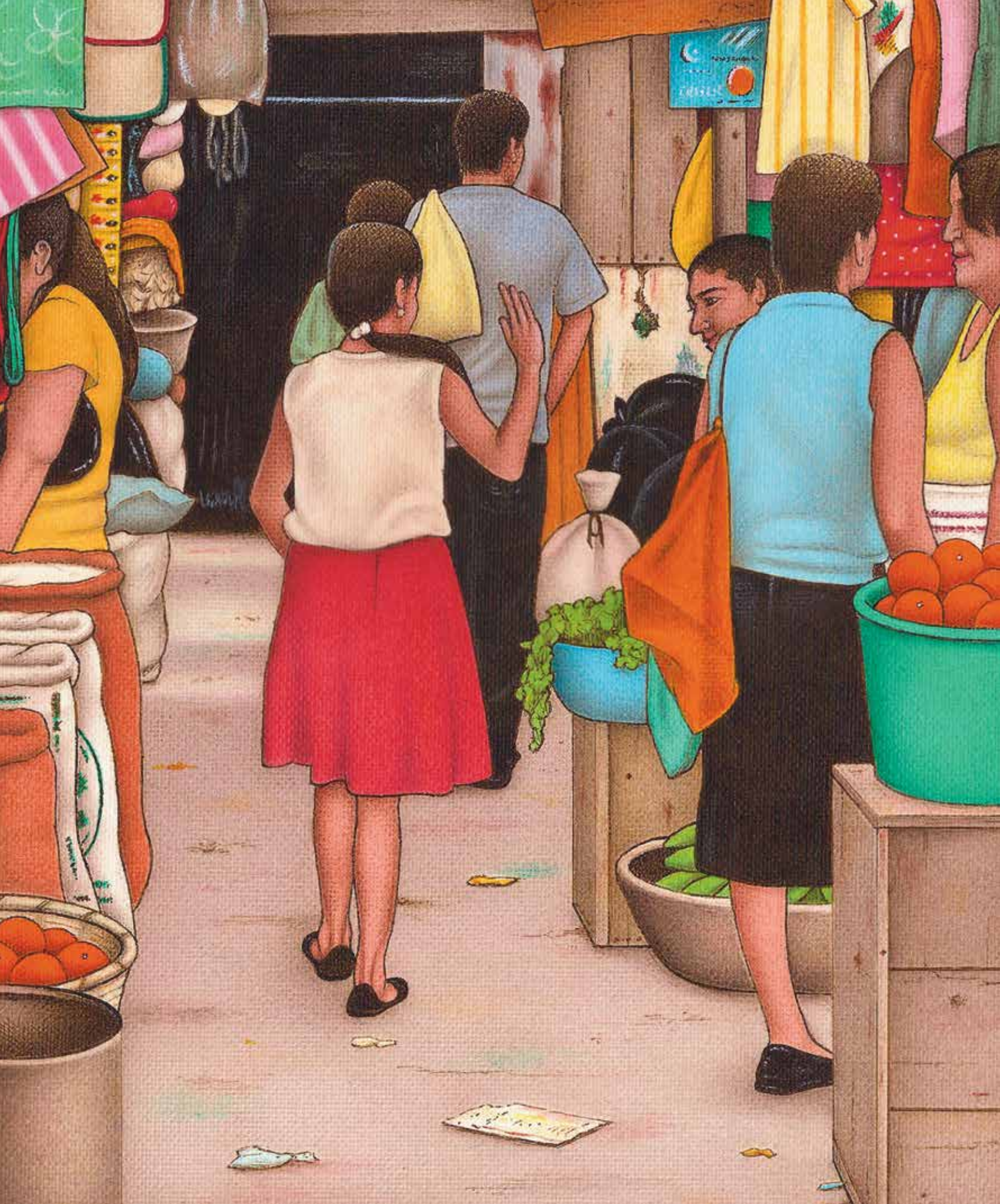
1, 2, 3

Más saltitos,

4, 5, 6.

Saltaba con alegría porque sentía que el sol
jugaba con ella.





El mercado era un lugar maravilloso; los colores, los olores se mezclaban con el pregón de los vendedores.

—Cuando saludes, siempre regala una sonrisa —le decía su Abuela.

Y así lo hacía Margarita: iba dando unos “Buenos días” sonrientes a todos a su paso.

Y para empezar el día, Margarita dejaba que sus ojos se iluminaran con los colores de aquellos delantales llenos de luz...

